

Las lágrimas amargas de Mary Kay Letourneau

Mauricio Palacios

El momento más deprimente del juicio fue, sin duda, cuando, ante la presión de las circunstancias, Mary Kay admitió, entre lágrimas, que reconocía lo equivocado que tanto legal como moralmente había sido su proceder fue un momento de traición ética: exactamente, de “transacción con el deseo que había sentido”. Su culpabilidad, en ese momento, estaba, precisamente, en la renuncia a su pasión.

SLAVOJ ZIZEK

Todos veíamos por televisión lo que ocurría, y fue particularmente incómodo cuando mi madre sugirió cambiar el canal, a pesar de que mi padre y mi tía insistieron en que querían seguir viendo. Era el programa de Oprah Winfrey, y se hablaba particularmente del trastorno bipolar. Lo explicaba de alguna manera y daba a entender que, aun siendo cierto que Mary Kay lo padeciera —ella insistía que no—, en todo caso era culpable y nada justificaba el abuso sexual de un menor. Mis ojos se tornaron borrosos, intuía que tenía ganas de llorar, más por tener dieciséis años y ser virgen que porque sintiera empatía por Mary Kay y Vili. ¡Vili se acostaba





ba con esa rubia, con su profesora, y yo tenía que conformarme con la paja! No era justo, definitivamente no lo era. Mi padre y mi tía miraban con intensidad la pantalla, mi madre se había ido a la cocina y yo sentía una lágrima en mi ojo, como un huracán en el Caribe, o la mancha de Júpiter. Cuando pasaron a comerciales, aproveché para irme a mi cuarto y me acosté en la cama.

El rostro rosado y el cabello rubio de Mary Kay aparecieron en mi mente apenas cerré los ojos. Sentí un bulto en la entrepierna y una necesidad urgente. Tenía que luchar contra aquello. No, no había esperanza. Ni siquiera estaba en clases, estaba en vacaciones y no había profesoras o compañeras a la vista. Aun así debía luchar, mi deber era luchar. La vergüenza que sentiría, la inferioridad. Pasar a la soledad que queda, ese vacío que se lleva el agua del inodoro. Pero siempre es en vano luchar. Al demonio con la fuerza de voluntad.

Pasé días con la mirada alicaída y sin ganas de hacer mucho más que ver televisión. Durante aquellos días mis padres hablaban en español, yo también, aunque a mí no me hablaban demasiado porque después se perdía el idioma. Y todo el esfuerzo, maldito esfuerzo, gran esfuerzo de vivir en los Estados Unidos. Hay que hacerlo bien. Mi padre era el más insistente en eso. Prefiguraba todo para mí: beca en la universidad, esposa rubia, futuro empresario o asesor.

Los días pasaron con pausada angustia y un aburrimiento tenaz, capaz de socavar a cualquiera. Sin embargo era cómodo. Veía dibujos animados y películas de acción. Evitaba las románticas, aunque a veces, cuando pasaban una a las doce de la noche, la veía entre las sábanas y fantaseaba con aquel amor que vendría. ¡Redención!

En el fondo, mi vida era como pasar toda la mañana viendo *Los castores cascarrabias*: un aburrido programa de un tedioso color sepia; cuando hay humor es exasperante, y los personajes, dos castores petulantes, son insoportables. Sin embargo lo ves en espera de que cambie el programa, aunque sepas (o quizá no) que

es una programación especial y durará toda la mañana. Igual no quieres cambiar de canal por miedo a que pase algo inesperado. Por otro lado, quizá también te sea indiferente cambiarlo. Entonces pasas toda la mañana viendo Los castores cascarrabias.

Un punto de fuga para mi vida era la historia de Mary Kay y Vili, por más dolor y vacío que me causara. Era como si estuviera viendo Los castores cascarrabias en la noche y se fuera la luz. La familia se dirigiría a la sala y encendería velas; todos se verían las caras. El único diálogo posible sería para preguntar por pilas, linternas, velas y cuándo volverá la luz. Y mirarse las caras. En casos así sales de una realidad para entrar en otra y, por más molestias que cause, cambia el panorama. Los rostros cambian, la forma de caminar, la silueta de las sombras de las manos. Eso jamás pasa en Estados Unidos, pero antes de venirnos era casi un ritual que entraba en nuestra vida familiar intempestivamente, sin aviso, y acababa de igual forma. La luz y los aparatos electrónicos se encendían y todo volvía a la normalidad.

El rostro lacrimoso de Mary Kay entraba en pantalla. A veces salían fotos de ella con Vili. Oprah hablaba de ello noche tras noche en su programa. Me preguntaba si alguna vez consideraría que estaba en un error, y me debatía entre querer que se arrepintiera y querer que saliera libre con su amor. Me daba envidia, más con Vili que con ella, y cuando Oprah aseguraba que era culpable casi quería creerle. Otro día, el abogado justificó lo del trastorno bipolar y la opinión pública se puso seriamente a favor de esta opinión. Yo pensaba: si ella es bipolar, ¿lo es por amor? ¿O ama por ser bipolar? Luego de ver su rostro en la pantalla corría a masturbarme. No había necesidad de pornografía (tenía escondidos bajo la cama dos videocasetes de pornografía hardcore ylésbica, respectivamente), ni siquiera de fantasear demasiado, nada que no fuera con Mary Kay. Era enfermizo y me sentía mal, pero no podía evitarlo. Sentía que Mary Kay debería haber sido mi





profesora y no la de Vili. En otra dimensión sería así. Si yo hubiera sido Vili, también me hubiera ocurrido. Si hubiera llegado antes a Estados Unidos. Si hubiera sabido de su tragedia, de su miseria, y hubiera sido yo su joven redentor. Por el amor encontraría en mí (también de una minoría étnica como Vili, pero encima extranjero) una redención a todos los males de este mundo.

—Esto es un desastre, mira.

La casa se me venía encima. Mi madre peleaba con mi padre, le adjudicaba errores económicos y problemas en general.

—Siempre quieres tener la razón y no siempre puedes tener la razón. A veces siento que fue un error venir a Estados Unidos, ¡me voy a devolver! ¡Me voy a devolver! —sollozaba ante la mirada impassible de mi padre, que no era ningún pusilánime.

—¡Qué fue! Compórtate, Marta. Compórtate. Así no te va a respetar el muchacho. La casa, con sus paredes, sus recovecos, sus armarios, se me venía encima. El jardín gringo con el que siempre soñé de niño en el fondo no era gran cosa.

Comencé sintiéndome inherentemente rico y privilegiado al llegar a Estados Unidos. Alguien superior por estar en esta tierra de libertad. Me sentía realizando un sueño, llegando a una cumbre. Las casas suburbanas me dieron la impresión de que llegaba a una película. Me dije: entonces esta es la puerta al cine, a la realidad. Hasta hace poco no percibí la vulgaridad del asunto, la medianía de todo esto, la sencillez y abulia que esto representa y la realidad de lo que es. Siempre he tenido la sensación de que muchas cosas que sabré a los veinte me servirían ahora y que asuntos que sé ahora me hubieran servido a los doce. Que siempre sé lo que debo saber cuándo ya no lo necesito o cuando ya es demasiado tarde. Mary Kay, su presagio, su ascenso sobre mi vida, era algo completamente distinto.

El discurso público en torno a su presunto trastorno bipolar fue en ascenso, incluso fue sustentado por sus defensores. Un día ella

se quebró, y viví ese momento más intensamente que durante el resto de mi corta vida. Se quebró en público, se desmoronó. Admitió su derrota. En sus ojos se veía que lo admitía. No triunfó el amor, eso decía su rostro compungido, sus facciones desmoronadas por la pena y el llanto. Reconocía su error tanto moral como legal. Durante un pequeño instante me puse en los zapatos de Vili y no lloré tanto por Mary Kay como por la desazón de Vili. La tristeza de Vili, aquel que sí amó de verdad, que sí pudo tener lo que yo no he tenido más que en mis desahuciadas fantasías. El sufrimiento de Mary Kay me compungía, pero también me compungía yo mismo al hacerme Vili. A través del televisor, de los programas que aireaban la polémica y de las conclusiones del juicio, dejaba de ser yo y me hacía Vili; así sufría doblemente por Mary Kay Letourneau. Por no tenerla, aunque la hubiera amado más que a nadie. Y por ponerme en los zapatos de Vili; tenerla para luego perderla para siempre. Todo este desastre causaba en mí las masturbaciones más tristes y furiosas que uno pueda imaginar.

—Déjenme escuchar, estoy viendo la televisión, por favor hagan silencio —les dije a mis padres cuando pasaban las noticias sobre los resultados finales de Mary Kay Letourneau. Su rostro estaba ahora lleno de lágrimas, pero parecía serena. Se había dictaminado que padecía trastorno bipolar y que durante un súbito ataque maníaco había abusado del joven Vili. Mis padres fruncieron el ceño y me miraron con extrañeza. No siguieron peleando, y se fueron cada uno por su lado. Mi padre hizo un ademán de golpear-me, una amenaza, pero desde que habíamos llegado a Estados Unidos no lo había hecho. Mis ojos y mis oídos, también mi corazón, se esforzaban en captar fijamente la televisión. Cada instante, cada segundo en que la jueza dictaminaba que Mary Kay Letourneau era una persona maníaco-depresiva y que debía ser encerrada y tratada con medicación, mi corazón se empequeñecía más y aguantaba el impulso de mis lágrimas por salir. Durante





unos segundos viví tan intensamente como se puede vivir a mi edad. Sentí tanta tristeza ajena como una empatía exasperante y lamenté sinceramente no ser Vili, o al menos haber estado en su lugar. A nosotros no nos hubieran descubierto. Hubiera huido llevándola conmigo. ¡Hubiéramos sido héroes, aunque solo fuera por un día! ¡Aunque luego nos hubieran abaleado! Todo contra viento y marea, pero a lo bravo, a lo macho. Nos hubiéramos ido en barco a Europa. O a China. O hubiéramos ido a mi país. Ella sería profesora de inglés y yo vendería zapatos o algo así. ¡Qué terrible esta vida en donde ni siquiera podemos vivir las desgracias que queremos! La transmisión había acabado y yo seguía frente al televisor con la mente en blanco y los ojos perdidos. Fulminado por la desgracia, necesitaba masturbarme pero no tenía fuerzas para ir al baño. Mi padre se acercaba desde atrás con la correa en la mano. Sabía qué esperar; no solo eso, lo necesitaba. No sería una redención total pero el dolor me calmaría. Por primera vez en mi vida me quedé quieto y esperé con gusto el primer correa. Mi padre al final dio media vuelta y siguió de largo. Me puse a llorar. ¡Oh, Mary Kay! ¡No te voy a conocer ahora, pero cómo te amo de igual manera!